

Luigi Pirandello

EL IMBECIL

Personajes:

Lucas Fazio	- <i>Caricatura?</i>
Leopoldo Paroni	
El Viajante	- <i>Caricatura?</i>
Rosa Lavecchia	- <i>Jovial</i>
Primer redactor	- <i>Ullmann</i>
Segundo redactor	- <i>Nicolas</i>
Tercer redactor	- <i>Pepi</i>
Cuarto redactor	-
Quinto redactor	-

La escena representa el modestísimo despacho de Leopoldo Paroni, director del "Atalaya republicana" de Costanova. Las oficinas del periódico están en la propia casa de Paroni, jefe del partido republicano; y como Paroni vive solo y desprecia todas las comodidades, y hasta (al parecer) la limpieza, hay desorden y suciedad en todos los muebles, viejos y maltrechos, y también en el suelo. Se verá el escritorio atestado de papeles amontonados; las sillas, acá y acullá, atestadas también de libros y legajos; periódicos por todas partes; el estante de los libros, con los libros metidos en los anaqueles a la buena de Dios; un mal diván de cuero, con una almohada de cama, sucia, toda rota y con la borra saliéndosele por los rotos. La puerta que comunica con la calle está a la izquierda (del actor). En el fondo hay una puerta acristalada que da a la sala de redacción del periódico. Otra puerta, a la derecha, da a las habitaciones

de Paroni.

Es de noche; y al levantarse el telón el despacho, a obscuras, está a malas penas iluminado por la lámpara de la sala del fondo, cuya luz se difumina a través de los cristales esmerilados de aquella puerta.

Sentado en el diván y con los pies encima del mismo, la espalda apoyada en la almohada y con un chal de lana gris echado sobre los hombros, Lucas Fazio, inmóvil, llevará puesta una gorra de viaje de amplia visera hundida hasta la nariza. En una de sus manos, casi esqueléticas y escondidas debajo del chal, un pañuelo hecho un ovillo. Tiene 26 años. Cuando se haga luz en el despacho, se le verá una cara flaca, amarilla, cadavérica, sobre la cual ha vuelto a crecer, rala, aquí y allá, una barbita de enfermo, debajo del rubio bigotito escuálido, caído. De vez en cuando, tapándose la boca con ese pañuelo hecho un ovillo, luchará con una tos profunda que gruñe en su pecho. Por la puerta de cristales iluminada se oirán durante unos minutos los gritos descompuestos de Paroni y de los redactores del "Atalaya".

Paroni (desde dentro) - ¡Os digo que hay que atacarle a fondo!

Voces confusas - ¡Sí, sí, muy bien! ¡Hay que atacarle! - ¡Eso es! - ¡A fondo! - ¡Qué va! - ¡Nada de eso!

Primer redactor (más fuerte que los demás) - ¡Así haréis el juego de Cappadona!

Voces confusas - ¡Es verdad! ¡Es verdad! - ¡De los monárquicos! - ¡Qué ocurrencia! - ¡No! ¡No!

Paroni (tronando) - ¡Nadie podrá creer eso! ¡Nosotros seguimos nuestra línea de conducta! ¡No atacamos en nombre de nuestros principios! ¡Ya basta ya! ¡Dejadme escribir!

Se hace el silencio. Lucas Fazio no se ha movido. La puerta de la izquierda se ha entreabierto un poco, y una voz pregunta: "¿Se puede?" Lucas Fazio no contesta. Poco después, la voz vuelve a preguntar: "¿Se puede?", y aparece, perplejo, el Viajante, sobre los 40 años.

Viajante - ¿No hay nadie?

Lucas (sin moverse, con voz cavernosa) - Están ahí dentro.

Viajante (sobresaltándose al oír la voz) - ¡Oh! perdone.

¿Es usted el señor Paroni?

Lucas (como antes) - ¡Ahí dentro! ¡Ahí dentro!

Señala la puerta acristalada.

Viajante - ¿Puedo entrar?

Lucas (molesto) - ¿Me lo pregunta a mí? Entre si quiere.

El viajante se dirige hacia la puerta del fondo, pero antes de que llegue vuelve a estallar un nuevo tumulto de voces en la sala de redacción, al que hace eco otro tumulto lejano, el de una manifestación popular, que se supone cruza a la carrera la plaza próxima. El viajante se detiene, aturdido.

Voces confusas (desde la sala de redacción) - Escuchad, escuchad, ¿oís? - ¡La manifestación! - ¡La manifestación! ¡Mise-

rables! - ¡Los cappadonistas!

Primer redactor - Gritan: "¡Viva Cappadona!" ¿No os lo decía?

Paroni (dando un gran puñetazo en la mesa y chillando) - ¡Y yo te digo que hay que matar a Guido Mazzarini! ¿Qué me importa a mí Cappadona?

El tumulto de la plaza cubre un instante los gritos de la sala de redacción. Los manifestantes, en gran número, pasando a la carrera, gritan: "¡Viva Cappadona! ¡Abajo el Comisario Regio!" En cuanto se aleja el tumulto, vuelven a oírse los gritos de la sala de redacción: "¡Perros! ¡Perros! ¡Enemigos del País! ¡Les paga Cappadona!" y de repente dos redactores salen corriendo por la puerta acristalada, con los sombreros puestos y armados de bastón, y se precipitan hacia la salida para perseguir a la manifestación.

Segundo redactor (corriendo, enfurecido) - ¡Miserables! ¡Miserables! (Sale)

Tercer redactor (al encontrarse frente al viajante le chilla:) - ¡Se atreven a gritar: "¡Viva Cappadona!" (Sale)

La voz de Paroni - ¡Corred! ¡Corred todos! ¡Yo me quedo aquí escribiendo!

Desde la puerta acristalada se precipitan con el sombrero puesto otros tres redactores hacia la salida, gritando confusamente: "¡Canallas! ¡Perros! ¡Vendidos!" y uno, nuevamente frente al viajante: "¡Viva Cappadona! ¿comprende?". Salen todos.

Viajante - No comprendo nada... (A Lucas Fazio) Dispéñ-
seme, ¿qué pasa?

Lucas tiene un fuerte acceso de tos y se tapa la boca. El viajante se inclina para mirarle, afligido, morificado, embarazado por el asco que no consigue disimular.

Lucas - ¡Hieden a pipa, malditos! Apártese... ¡Aire!
¡Déjeme respirar! (Luego, calmado:) ¿No es usted de Costanova?

Viajante - No: estoy de paso.

Lucas - Todoá estamos de paso, mi querido señor.

Viajante - Soy un viajante de las Papeleras del Sangone.
Quería hablar con el señor Paroni, sobre la provisión del periódico

Lucas - No creo que sea el momento más indicado.

Viajante - Ya me he dado cuenta. Una manifestación.

Lucas (con ironía sombría) - Al cabo de ocho meses de las elecciones políticas, todavía están henchidos de indignación contra el diputado Guido Mazzarini.

Viajante - ¿Socialista?

Lucas.- No sé. Creo que sí. Aquí en Costanova todos le han sido contrarios; pero ha conseguido triunfar con los sufragios de las demás secciones electorales del Colegio. (Restriega el índice con el pulgar para indicar que tiene dinero, y añade:) Gran hombre. Y, como ve, las furias no se han evaporado, porque Mazzarini, para vengarse, ha hecho mandar al municipio de Costanova - (apártese, apártese un poco, por Dios: me falta aire) - un Comisario Regio. - Gracias. - ¡Cosa de mucha expectación: un Comisario Regio!

Viajante - ¡Pero si gritaban muera!

Lucas - Sí. No lo quieren. Cosatanova es una gran aldea, mi querido señor. Considere que el Universo, con ser lo que es, gravita en derredor suyo. Asómese a la ventana y mire el cielo. ¿Sabe por qué hay estrellas? para mirar en la Tierra a Costanova. Hay quien dice que se ríen de ella; pero no lo crea: todas suspiran por el deseo de tener cada una una ciudad como Costanova. ¿Y sabe de qué dependen los destinos del Universo? Del Ayuntamiento de Costanova. Han disuelto el Ayuntamiento, y por consiguiente el Universo está desbarajustado. Lo puede ver por la cara de Paroni. Mírela, mírela usted, ahí dentro, a través del cristal de la puerta.

Viajante (va a acercarse a la puerta y se para) - ¡Pero si es un cristal esmerilado!

Lucas - Ah, es verdad. No me acordaba.

Viajante - ¿Usted no forma parte de la redacción del periódico?

Lucas - No. Simpatizo. Mejor dicho, simpatizaba. Estoy a punto de irme, mi querido señor. Y somos muchos los que estamos así de enfermos, aquí, en Costanova. Dos hermanos míos, antes de irse también, formaban parte de la redacción. Yo, hasta anteayer, he sido estudiante de medicina. He regresado esta mañana para morir en mi casa. ¿Usted vende papel de periódico?

Viajante - Sí, también de periódico. A precios sin competencia.

Lucas - ¿Para que se impriman periódicos en mayor cantidad?

Viajante - Crea usted que la cuestión del precio del papel, en las condiciones presentes del mercado...

Lucas (interrumpiéndole) - Estoy convencido. ¡Y si su-

quiera usted qué consuelo representa para mí pensar que seguirá usted viajando, quién sabe cuántos años aún, de pueblo en pueblo, ofreciendo a precios sin competencia el papel de su papele-
ra a los periodiquitos semanales de provincias! Pensar que volverá a caer aquí, tal vez dentro de diez años, al anochecer, como ahora, y volverá a ver aquí este mal diván, pero sin mí, y la ciudad de Costanova quizá pacificada. . .

Llegan por la puerta de la izquierda con gran alboroto tres de los redactores que poco antes han salido corriendo, gritando:

Primer redactor:- ¡Paroni! ¡Paroni!

Segundo redactor - ¡La que se está armando en la plaza!

Tercer redactor:- ¡Vamos, ven, Leopoldo!

Acude por la puerta acristalada Leopoldo Paroni, el fiero republicano, con un sucio quinqué blanco en la mano. Está sobre los cincuenta. Cabellera leonina, gran nariz, bigote vuelto hacia arriba, perilla mefistofélica y corbata roja.

Paroni - ¿Qué sucede? ¿Hay palos? (Va a dejar el quinqué encima del escritorio, haciéndole un lugar entre los papeles.)

Segundo redactor - ¡A mansalva!

Primer redactor - ¡Han venido ordas socialistas de la provincia!

Paroni (en seguida) - ¿Y les dan a los cappadonistas?

Tercer redactor - ¡Ca, les dan a los nuestros! ¡a los

nuestros!

Primer redactor - ¡Ven! ¡Corramos! ¡Te necesitan!

Paroni (soltándose) + ¡Esperad, caramba! Pero la policía, ¿para qué sirve?

Primer redactor - ¿La policía? ¡Pero si el Comisario Regio estará encantado si nos apalean! ¡Vamos, ven!

Paroni - ¡Vamos, sí, vamos! (Al tercer redactor, que ejecuta en seguida:) ¡Ve a buscar mi sombrero y mi bastón! - ¿Dónde están Conti y Fabrizi?

Segundo redactor - ¡Están allá! ¡Resisten como pueden!

Primer redactor - ¡Se defienden!

Paroni - Y los cappadonistas, ¿por qué no han llamado ellos a los guardias?

Primer redactor - ¡Si se han largado todos!

Paroni - También vosotros, en lugar de venir tres a llamarme, hubierais podido quedaros, y mandar a uno solo!

Tercer redactor (volviendo desde la sala) - ¡No encuentro el bastón!

Paroni - ¡Está en un rincón, cerca del perchero!

Tercer redactor - ¡No está! ¡No está!

Paroni - ¿Cómo no va a estar, si lo he puesto yo allí?

Segundo redactor - Puede ser que lo haya cogido Conti o Fabrizi.

Paroni - ¿Mi bastón?

Primer redactor - ¡Vamos, vamos, toma el mío!

Paroni - ¿Y tú? ¿Cómo vas a estar metido entre palos, sin bastón?

En este momento sobreviene, jadeante, asustada, la señorita Rosa Lavecchia, sobre los 50 años, pelirro-

ja, flaca, con gafas, vestida casi varonilmente.

Rosa (muerta de cansancio, casi sin poder respirar) -
Dios mío... Dios mío...

Paroni y los demás (ansiosos, consternados) - ¿Qué hay?
¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

Rosa - ¿No sabéis nada?

Paroni - ¿Han matado a alguien?

Rosa (mirándoles, como a obscuras de todo) - No. ¿Dónde?

Primer redactor - ¿Cómo? ¿No sabes que hay una manifesta-
ción?

Rosa (como antes) - ¿Una manifestación? No; no sé nada.
- Vengo de casa del pobre Pulino...

Segundo redactor - ¿Y qué?

Rosa - ¡Se ha matado!

Primer redactor - ¿Que se ha matado?

Paroni - ¿Pulino?

Tercer redactor - ¿Que Lulú Pulino se ha matado?

Rosa - Hace dos horas. Lo han encontrado en su casa,
colgando del gancho de la lámpara, en la cocina.

Primer redactor - ¿Se ha ahorcado?

Rosa - ¡Qué espectáculo! He ido a verlo... Negro, con
los ojos y la lengua fuera, los dedos engarfiados... Tan largo,
colgando en medio del cuarto...

Segundo redactor - ¡Vaya, pobre Pulino!

Primer redactor - Ya estaba despachado, el pobre: en las
últimas.

Tercer redactor - ¡Pero tener un fin así!

Segundo redactor - Al fin y al cabo, ha dejado de padecer.

Primer redactor - Ni siquiera se sostenía en pie...

Paroni - Pues yo digo que cuando uno ya no sabe qué hacer con su vida, es de imbéciles...

Primer redactor - ...¿qué? -

Segundo redactor - ...¿matarse? -

Tercer redactor - ...¿por qué ha de ser de imbéciles? -

Primer redactor - ...!puesto que ya tenía los días contados!

Segundo redactor - ...¿qué vida era la que llevaba? -

Paroni- ... !precisamente! !precisamente! - !Caray, el viaje se lo habría pagado yo!

Tercer redactor - ...¿el viaje? -

Primer redactor - ...pero ¿qué estás diciendo? -

Segundo redactor - ...¿el viaje para el otro mundo? -

Paroni - ... no: hasta Roma: el viaje hasta Roma, los digo que se lo habría pagado yo! - Cuando uno no sabe ya qué hacer con la propia vida y ha decidido quitársela, antes de quitársela, caray... !Ah, qué gusto habría tenido yo! quiero decir, en hacer servir mi muerte para algo. Oídme: estoy enfermo: mañana me moriré; hay un hombre que deshonra mi pueblo, que representa para todos nosotros una vergüenza execrable, Guido Mazzarini: pues bien, !le mato y ~~xxxxxxxx~~ luego me mato! - !Así es como se hace! - !Y quien no lo hace así es unimbécil!

En este momento regresan ~~xxxxxxxx~~ jubilosos los otros dos redactores que antes han salido.

Cuarto redactor - !Todo ha acabado! !Todo ha acabado!

Quinto redactor - !Han salido huyendo como un rebaño de borregos bajo los palos!

Primer redactor (con frialdad) - ¿Han intervenido los guardias?

Cuarto redactor - ¡Sí, pero a lo último!

Quinto redactor - ¡Cuando ya los nuestros - ¡Magníficos +
- había que verlos - como otros tantos leones --, se lanzaban al ataque!

Cuarto - ¡Garrotazos de no te menees! (Luego, advirtiendo que nadie responde a su entusiasmo y al de su compañero:) Pero ¿qué os pasa?

Rosa - El pobre Pulino...

Quinto redactor - ¿Qué tiene que ver Pulino?

Primer redactor - ¡Se ha ahorcado hace dos horas!

Cuarto - ¿Ah, sí? ¿Lulú Pulino? ¿Se ha colgado?

Quinto redactor - ¡Oh, pobre Lulú! Sí, ya lo decía, también a mí me lo dijo, que quería acabar de sufrir... Ha truncado su agonía: ¡bien hecho!

Paroni - ¡Debía haberlo hecho mejor! Estábamos diciéndolo entre nosotros. ¡Puesto que tenía que matarse para hacerse un bien, podía haber hecho también un bien a los demás, a su pueblo, yendo a Roma a matar al enemigo de todos, a Guido Mazzarini! No le habría costado nada, ni siquiera el viaje: ¡se lo habría pagado yo, palabra de honor! ¡Así ha muerto como un imbécil!

Primer redactor - ¡Bueno, basta ya, que es tarde!

Segundo redactor - Sí, sí. Mañana haremos la crónica de esta tarde.

Tercer redactor - Eso es, puesto que tenemos tiempo hasta el domingo.

Segundo redactor (con un suspiro de conmiseración) - Y hablaremos también del pobre Pulino.

Rosa (a Paroni) - Si quieres, Paroni, podría hablar yo de él, puesto que le he visto.

Cuarto redactor - Oh, nosotros también podríamos ir a

verle, al pasar.

Rosa - Seguramente todavía lo encontraréis colgado. Para levantar el cadáver esperan al Pretor, que, según creo, aún tiene que volver de Borgo.

Paroni - ¡Lástima! ¡Cuando pienso que nuestro número del domingo hubiera podido estar consagrado enteramente a él, si hubiera ejecutado el gesto de vengador de su pueblo!

Primer redactor (descubriendo finalmente en el diván a Lucas Fazio) - ¡Eh, mirad! ¡Está aquí Lucas Fazio!

Todos se vuelven a mirar.

Paroni - ¡Hombre, Lucas!

Segundo redactor - ¿Cómo? ¿Estabas ahí sin decir nada?

Tercer redactor - ¿Cuándo has llegado?

Lucas (sin moverse, molesto) - Esta mañana.

Cuarto redactor - ¿Te encuentras mal?

Lucas (tarda en responder, hace primero un gesto con la mano; luego dice:) - Casi como Pulino.

Paroni (advirtiendo la presencia del viajante) - Perdona: ¿y usted quién es?

Viajante - Había venido, señor Paroni, para la provisión de papel.

Paroni - ¿Ah, es usted el viajante de las Papeleras del Sangone? Vuelva a pasar mañana, hágame este favor; ahora ya es tarde.

Viajante - Mañana por la mañana, sí señor. Porque quería marcharme mañana mismo.

Primer redactor - Bueno, vámonos. Buenas noches, Leopoldo.

También los demás saludan a Paroni, que contesta al saludo.

Cuarto redactor (a Lucas Fazio) - ¿Tú no vienes?

Lucas (sombrio) - No. Antes tengo que decir una cosa a Paroni.

Paroni (preocupado) - ¿A mí?

Lucas (como antes) - Un par de minutos.

Todos le miran consternados, por la relación que vislumbran inmediatamente, después de las palabras que se han pronunciado, entre su estado desesperado y el de Pulino "que se ha matado como un imbécil".

Paroni - ¿Y no podrías hablar ahora, delante de todos?

Lucas - No. A ti solo.

Paroni (a los demás) - Bueno, pues, idos. Buenas noches, amigos.

Se repiten los saludos.

Viajante - Vendré sobre las diez.

Paroni - Aunque sea antes, si quiere. Buenas noches.

Todos se marchan, menos Paroni y Lucas Fazio, quien baja las piernas del diván y permanece sentado, encorvado, mirando al suelo.

Paroni (acercándosele solícito y haciendo el gesto de ponerle una mano en el hombro) - Entonces, querido Lucas...

amigo mío...

Lucas (inmediatamente, levantando un brazo) - No, apártate.

Paroni - ¿Por qué?

Lucas - Me haces toser.

Paroni - Estás muy mal, ¿eh? Sí, ya se ve...

Lucas (hace con la cabeza que sí, luego dice:) - Estoy a punto para ti. Cierra bien esa puerta. (Con la cabeza señala la de la izquierda.)

Paroni (ejecutando) - Ah, sí, en seguida.

Lucas - Con el cerrojo.

Paroni (ejecutando y riendo) - Pero es inútil; ya no vendrá nadie. Puedes hablar libremente. Todo quedará entre nosotros.

Lucas - Cierra también esa otra puerta. (Señala la puerta acristalada.)

Paroni (como antes) - Pero ¿por qué? Ya sabes que vivo solo. Ahí dentro ya no hay nadie. Mira, voy a apagar la luz. (Se encamina)

Lucas - Y luego vuelve a cerrar. ¡Viene un hedor de pipa!...

Paroni entra en la sala de redacción, apaga la luz que ha quedado encendida, y vuelve, cerrando la puerta. Mientras tanto Lucas Fazio se habrá levantado.

Paroni - Ya está. Bueno, ¿qué quieres decirme?

Lucas - Apártate, apártate.

Paroni - Pero, oye, ¿por qué? ¿Lo dices por mí?

Lucas - también por ti.

Paroni - ¡Pero si yo no tengo miedo!

Lucas - No lo digas demasiado pronto.

Paroni - Pero, en fin, ¿de qué se trata? Siéntate, siéntate..

Lucas - No, me quedo de pie.

Paroni - ¿Vuelves de Roma?

Lucas - Sí, de Roma. Reducido tal como me ves, tenía unos miles de liras; me lo comí todo. Reservé solamente lo que podía bastar para comprarme (se mete una mano en el bolsillo de la americana y saca un grueso revólver) este revólver.

Paroni (a la vista del arma en la mano de aquel hombre en aquel estado, se pone palidísimo y levanta instintivamente las manos) - ¡Oh! ¿e... está cargado? (Advirtiendo que Lucas examina el arma:) Oye, Lucas... ¿está cargado?

Lucas (fríamente) - Cargado. (Luego, mirándole:) Has dicho que no tienes miedo.

Paroni - No; pero si... Dios no lo quiera... (Y va a acercarse como para quitarle el arma.)

Lucas - Apártate, y déjame hablar. Me había encerrado en mi habitación, en Roma, para acabar conmigo.

Paroni - ¡Pero qué locura!

Lucas - Locura, sí: verdaderamente iba a cometer una. ¡Es cosa de imbéciles, sí, tienes razón!

Paroni (lo mira; luego, brillándole los ojos de alegría:)
- ¡Ah! ¿Es que tú... es que tú quisieras de veras...?

Lucas (en seguida) - Espera; ya verás lo que quiero.

Paroni (como antes) - ¿Has oído lo que he dicho de Pulino?

Lucas - Sí. Y por esto estoy aquí.

Paroni - ¿Tú lo harías?

Lucas - Ahora mismo.

Paroni (encantado) - ¡Oh, estupendo!

Lucas - Escúchame. Estaba con el revólver apuntándome ya a la sien, cuando he aquí que oigo llamar a la puerta...

Paroni - ¿Tú, en Roma?

Lucas - En Roma. Abro. ¿Sabes a quién veo delante de mí?

A Guido Mazzarini.

Paroni - ¿El? ¿En tu casa? ¿Y entonces, qué?

Lucas - Me vió con el revólver en la mano y en seguida, también por la cara que yo tenía, comprendió lo que iba a hacer; vino corriendo hacia mí; me cogió por los brazos, me zarandegó, me gritó: "Pero ¿cómo? ¿Te matas así? ¡Oh, Lucas, de veras no te creía tan imbécil! Pero hombre... Si quieres hacer esto... te pago el viaje... ¡corre a Costanova y mata a Leopoldo Paroni!"

Paroni (con toda la atención puesta hasta ahora en el truculento y extraño discurso, con el ánimo trastornado por la tremenda expectativa de alguna atroz violencia ante él, de repente siente que le flaquean los miembros y abre la boca con una sonrisa escuálida, vana) - ...¿Bromeas?

Lucas (da un paso atrás; tiene un movimiento convulsivo en una mejilla cerca de la nariz, y dice con la boca torcida:) - No, no bromeo. Mazzarini me ha pagado el viaje.

Paroni - ¿A ti? ¿Qué estás diciendo?

Lucas - Aquí estoy. Y ahora yo, antes te mato a ti, y luego me mato.

Levanta el brazo armado y apunta.

Paroni (aterrorizado, con las manos delante de la cara, intenta substraerse a la puntería, y grita:) - ¿Estás loco? ¡No, Lucas!... No gastes bromas... ¿Estás loco?

Lucas (intimando, terrible) - ¡No te muevas! Si no tiro de verdad, ¿sabes?

Paroni (quedando como petrificado) - Sí... sí...

Lucas - Loco ¿eh? ¿Te parezco loco? Y tú, que ahora me llamas loco, ¿no acabas de llamar imbécil al pobre Pulino, por-

que antes de ahorcarse no ha ido a Roma a matar a Mazzarini?

Paroni (intentando sublevarse) - ¡Pues no hay poca diferencia de uno a otro! ¡Porque yo no soy Mazzarini!

Lucas - ¿Diferencia? ¿Qué diferencia quieres que haya entre tú y Mazzarini para uno como yo y como Pulino, a quienes ya no importen nada vuestra vida y todas vuestras payasadas; ¡Matarte a ti o a otro, o al primero que pase por la calle, para nosotros es lo mismo!

Paroni - ¡Ah, no! ¡Qué va a ser lo mismo! ¡En tal caso sería el más inútil y estúpido de los delitos!

Lucas - ¿Conque tú querrias que nos hiciéramos instrumento, en el último instante, cuando toda ha acabado ya para nosotros, de tu odio o del de otro, de vuestras competencias de bufones: y si no, nos llamas imbéciles? ¡Pues bien: yo no quiero que me llamen imbécil como a Pulino, y te mato a ti!

Vuelve a levantar el arma y apunta.

Paroni (suplicando, contorciéndose para esquivar la boca del revólver) - ¡Por caridad! No, Lucas... ¿Qué haces?... ¡No! - Pero ¿por qué?... Yo siempre he sido amigo tuyo... ¡Te lo suplico!

Lucas (mientras le brilla en los ojos la loca tentación de oprimir el gatillo del arma) - ¡Quieto! ¡Quieto! - ¡Arrodíllate! ¡Arrodíllate!

Paroni (cayendo de rodillas) - Sí... ¡Te lo suplico! ¡No lo hagas!

Lucas (sonriendo malignamente) - Oh... cuando uno ya no sabe qué hacer con su vida... ¡Bufón! - Queda tranquilo, que no te mataré. Levántate; pero no te acerques.

Paroni (levantándose) - ¿Sabes que es una broma pesada? Te la permites, porque estás armado.

Lucas - Claro. Y tú tienes miedo porque sabes de sobra que no me costaría nada hacerlo. Como buen republicano eres librepensador, ¿no? - ¡Ateo! - Desde luego. Si no, no habrías podido llamar imbécil a Pulino.

Paroni - Pero yo lo he dicho... porque... porque ya sabes cuánto me escuece la vergüenza de mi pueblo...

Lucas.- Muy bien, sí. Pero no puedes negar que eres librepensador: lo declaras en tu periódico...

Paroni (mascullando) - Librepensador... supongo que tú tampoco esperarás castigos o compensaciones en otro mundo...

Lucas - ¡Ah, no! Para mí sería la cosa más atroz creer que he de llevarme a otro sitio el peso de las experiencias que he debido hacer en estos veintiseis años de vida.

Paroni - Conque ya ves.que...

Lucas (en seguida) - ... que podría hacerlo; matarte como nada; puesto que esto no me detiene. Pero no te mato. Ni creo que soy un imbécil, si no te mato. Tengo piedad de ti, de tu bufonería. ¡Ahora te veo, si supieras, desde tan lejos! Y me pareces pequeño, y hasta gracioso; sí, pobre hombrecito rojo, con esa corbata:.. - Ah, pero, ¿no sabes? Quiero patentar tu bufonería.

Paroni (que no oye bien, por el aturdimiento en que se encuentra) - ¿Cómo dices?

Lucas - Patentar, patentar. Tengo el derecho de hacerlo; derecho sagrado, puesto que he llegado al confín entre la vida y la muerte. Y no te puedes rebelar. Siéntate, siéntate ahí y escribe.

Le indica con el revólver el escritorio.

Paroni - ¿Que escriba? ¿Qué tengo que escribir? ¿Hablas en serio?

Lucas - En serio, en serio. Ve a sentarte allí, y escribe.

Paroni - Pero ¿qué quieres que escriba?

Lucas (como antes, apuntándole nuevamente el arma al pecho) - ¡Levántate y ve a sentarte allí, te digo!

Paroni (bajo la amenaza del arma, yendo al escritorio) - ¿Otra vez?

Lucas - Siéntate y coge la pluma... rápido...

Paroni (ejecutando) - ¿Qué tengo que escribir?

Lucas - Lo que yo te dicte. Ahora tú te sometes; pero te conozco: mañana, cuando sepas que yo también me he matado como Pulino, levantarás la cresta y gritarás a lo largo de tres horas, aquí, en el café, en todas partes, que yo también he sido un imbécil.

Paroni - ¡No, hombre! ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Son chiquilladas!

Lucas - Te conozco. Quiero vengar a Pulino; no lo hago por mí. ¡Escribe!

Paroni (mirando el escritorio) - ¿Pero dónde quieres que escriba aquí?

Lucas - Ahí, ahí, bastará con que escribas en esa cuartilla...

Paroni - Pero ¿qué?

Lucas - Pues, dos palabras. Una pequeña declaración.

Paroni - Una declaración ¿a quién?

Lucas - A nadie. Bueno, ¿vas a escribir o no? Te concedo la vida sólo a esta condición. ¡O escribes, o te mato!

Paroni - Está bien, escribo... Dicta.

Lucas (dictando) - "El que suscribe se duele y se arrepiente..."

Paroni (rebelándose) - Pero, vamos a ver: ¿de qué tengo que arrepentirme?

Lucas (con una sonrisa, apuntándole, como si jugara, el arma a la sien) - ¿Conque ni siquiera querías arrepentirte?

Paroni (aparta un poco la cabeza para mirar el arma, y luego dice:) - Oigamos de qué debo arrepentirme...

Lucas (volviendo a dictar) - "El que suscribe se duele y se arrepiente de haber llamado imbécil a Pulino..."

Paroni - Ah, ¿de esto?

Lucas - De esto. Escribe: "en presencia de sus amigos y compañeros, porque Pulino, antes de matarse, no había ido a Roma a matar a Mazzarini". Esta es la pura verdad. Es más, cállalo que le habrías pagado el viaje. ¿Has escrito?

Paroni (con resignación) - He escrito. Adelante...

Lucas (volviendo a dictar) - "Lucas Fazio, antes de matarse..."

Paroni - Pero ¿quieres matarte de veras?

Lucas - Esto es asunto mío. Escribe: "... antes de matarse, ha venido a verme..." ¿quieres añadir, armado de revólver?

Paroni (no resistiendo más) - ¡Ah, sí, esto sí, si me lo permites!

Lucas - Ponlo si quieres: armado de revólver. Al fin y al cabo, no me podrán castigar por tenencia ilícita de armas. Qué, ¿has escrito? Sigue: "armado de revólver, y me ha dicho que, consiguientemente, él también, para no ser llamado imbécil por Mazzarini, o por otro, habría tenido que matarme como a un perro." (Espera que Paroni acabe de escribir, luego pregunta:) ¿Has escrito "como a un perro"? Bien, Aparte. "Podía hacerlo, y no lo

ha hecho. No lo ha hecho porque le ha dado asco". (Paroni levanta la cabeza, y entonces, inmediatamente, intimando:) No, escribe, escribe "asco" y añade "piedad" - eso es - "asco y piedad de mi cobardía".

Paroni - Esto no...

Lucas - Es la verdad... ¡Porque estoy armado, claro está!

Paroni - No, Lucas; yo ahora te complazco...

Lucas - Eso es, sí, compláceme. ¿Has escrito?

Paroni - ¡He escrito, he escrito! ¡Y me parece que puede bastar ya!

Lucas - No, espera: ¡concluyamos! Dos palabritas más, para concluir.

Paroni - Pero ¿dónde quieres ir a parar? ¿Aún más?

Lucas - Mira, escribe esto: "Lucas Fazio se ha conformado con que le declare que el verdadero imbécil soy yo."

Paroni (apartando el papel) - ¡Vamos, hombre! ¡Eso es demasiado!

Lucas (perentoriamente, silabeando) - ¡"que el verdadero imbécil soy yo"! Salvas mejor tu dignidad, mi querido amigo, mirando el papel en que estás escribiendo y no esta arma que tienes encima de ti. Te he dicho que quiero vengar a Pulino. Ahora, firma.

Paroni - Ahí va la firma. ¿Quieres algo más?

Lucas - Dame.

Paroni (alargándole el papel) - Toma. Pero ahora, ¿qué harás con ese papel? Si de veras quieres quitarte de en medio...

Lucas (no responde; acaba de leer lo que ha escrito Paroni; luego dice:) - Está bien. ¿Que qué haré con esto? Nada. Mañana lo encontrarán en mi bolsillo. (Le da dos dobleces y se lo mete en el bolsillo.) Consuélate, Leopoldo, con el pensamien-

to de que ahora voy a hacer una cosa un poquito más difícil que ésta que acabas de hacer tú. Vuelve a abrir la puerta.

Paroni ejecuta.

Bucas - Buenas noches.

TELON